

Historiador de Indias, nombramiento que estimuló su ambición y que le hizo emprender una carrera mas brillante que cuantas habia tentado hasta allí. Cinco años despues de esto, y teniendo la edad de 36, se verificó en su vida un cambio completo, pues abrazó el estado eclesiástico, y fué ordenado de sacerdote en 1666. Desde entonces dejó de entregar sus pasatiempos á las Musas, y si hemos de creer á sus biógrafos aun se rehusó por escrúpulos de conciencia, á tomar parte en toda composicion dramática, aun religiosa como los *autos sacramentales*, cuyo campo habia quedado vacante por muerte de Calderon. Mas no obstante la delicadeza de su conciencia, condescendió en que se publicasen sus comedias, lo que se verificó en 1681. Lo cierto es que desde entonces se entregó asiduamente á los estudios históricos que tan bien se avenian con su nuevo estado, y que requeria el puesto á que habia sido elevado. Por último, en 1684 salieron á luz los frutos de esos estudios, en la Conquista de México, que se publicó en Madrid. Dícese que proyectaba continuar la historia hasta despues de la conquista; pero si esto es cierto, lo impidió su muerte, acaecida cosa de dos años despues de la publicacion de la Historia, en 13 de Abril de 1686.

Murió á la edad de 76 años, respetado por sus virtudes y admirado por su ingenio; pero fué pobre, que es casi siempre la suerte de la virtud y el ingenio.

La coleccion de sus poemas se publicó pocos años despues, en un volúmen en 4º, y se reimprimio en seguida. Pero la grande obra que sirve de base á su alta reputacion literaria es la Conquista de México. No obstante que tantos y tan distinguidos ingenios españoles habian cultivado el campo de la historia, aun le quedaban á Solis nuevos frutos que recoger.

Sus predecesores, no obstante su mérito, ignoraban los principios del arte, y habian visto la manera de escribir la historia, como una ciencia y no como un arte: por consiguiente solo la habian visto bajo el primer aspecto y la habian divorciado de las *bellas letras*: solo habian pensado en lo útil, y no en lo ameno: habian procurado dar instruccion, pero no procurar placer: habian escrito para literatos y estudiosos que tratan de acrecentar el tesoro de sus luces, y no para los que buscan en sus ratos de ocio un solaz y un entretenimiento. Escritos semejantes nunca andan en manos de muchos, ni aun hombres cultos; sino que se ven confinados á la librería de los estudiosos que buscan la verdad á costa de fatigas y que se cuidan poco de la tosca vestidura en que pueda venir envuelta. Varios historiadores españoles del mas alto mérito, como Herrera y Zurita, honor de Castilla y Aragon, son dignos de esta censura. Sus obras muestran agudeza, lógica, criterio y mara-

villosa paciencia y trabajo en compilar noticias y datos para sus voluminosas composiciones; pero en lo tocante á la belleza de la composicion, á la elegancia del estilo, á la habilidad para distribuir la narracion y en la eleccion de los incidentes, son pobres ó imperfectos; así que, no obstante su alto mérito considerados en abstracto, tienen tantos defectos en la parte artística que jamas serán populares ni tenidos como clásicos en su nacion.

Solis apercibió que sus predecesores habian dejado baldío el campo y determinó apropiárselo. En lugar de espaciarse en generalidades áridas y frias que habrian agotado inútilmente sus fuerzas, escogió un gran asunto que por sus pintorescos incidentes, por su aire romancesco, por el carácter aventurero de los actores y por sus hazañas, despertaba todos los sentimientos patrióticos y lisonjeaba el orgullo de la nacion; asunto en fin que por el contraste que ofrecia entre la civilizacion europea y el esplendor barbárico de una dinastía india, daba pábulo á su imaginacion ardiente y poética. Así, pues bajo el aspecto poético vió Solis su asunto: distribuyólo con admirable gusto, dejando sin realzar los objetos de poca importancia, y poniendo en relieve los que lo merecian, cuidando esmeradamente de que guardasen los unos y los otros la debida proporcion, y dando al conjunto todo, admirable simetría. En vez de descarriar la atencion haciéndola fijarse en gran

variedad de objetos; presenta una idea grande y prominente, que por desirlo así esparce su luz sobre la obra toda. En vez de enredar al lector en numerosos episodios que son como otras tantas encrucijadas sin salida, le toma de la mano y por el camino real le lleva derechamente al punto propuesto. A cada paso que damos con él conocemos que vamos adelantando, porque en efecto la historia jamas para ni retrocede. Todas las partes de ella están trabadas de tal suerte que las unas sostienen á las otras y que cada acontecimiento prepara para el que se sigue. Aun aquellas interrupciones inevitables que son como el lugar de detencion de todos los historiadores, y que no es posible evitar por el gran enlace que tienen con el cuerpo de la narracion, aun esas interrupciones, digo, están manejadas con tal habilidad que el interes se suspende pero no se extingue; sucediendo que esos altos ó detenciones en vez de molestar son una especie de descanso apetecible despues de las terribles y turbulentas escenas en que por tanto tiempo se ha ocupado la imaginacion del lector: á la manera que el cansado viandante encuentra placer y refrigerio en los lugares en que descansa, aunque ellos de por sí no ofrezcan intereses.

La obra dispuesta y compaginada de esta manera, es como un buen drama en que á cada escena se sigue otra, á cada acto otro acto, sucediendo que

cada una prepara para la que se sigue, hasta llegar al grande y decisivo desenlace. En este desenlace, esto es, en la toma de México, ha terminado Solís su drama, prefiriendo dejar llena la mente del lector con la impresión de un gran suceso, mas bien que debilitarlo prolongando su narración hasta la muerte de Cortés. En hacerlo así, consultó ciertamente el buen efecto.

En cuanto al estilo, usó Solís del mismo esmero para que reuniese á la belleza, brillo y variedad, y la obra es semejante á aquellas maderas preciosas trabajadas con primor, las cuales dejan ver bajo el pulimento del arte, el hermoso y diversificado tinte de la naturaleza. Sin embargo, los críticos extranjeros tachan al estilo de pedantesco, artificioso y verroso; mas dejemos á los extranjeros que califiquen como quieran el estilo, es decir, esa atmósfera que rodea al pensamiento y lo hace aparecer de un colorido propio y especial, y que difiere tanto en cada nación, como difieren entre sí las atmósferas que circundan á los varios planetas de nuestro sistema solar, las que, para ser bien conocidas, requieren que podamos conocer la naturaleza de los objetos que vemos al través de ellas. Nadie, si no es uno que hable español, puede decidir con acierto acerca del estilo cuya perfección depende de mil circunstancias casuales y pequeñas que deciden de su belleza y propiedad. A juicio de los mas eminentes

críticos españoles, el estilo de Solís puede aspirar á los títulos de claro, variado y elegante. Ni aun un extranjero puede dejar de percibir la animación de cuadro que pone á su vista ese escritor, porque siendo las palabras como los colores en la pintura, y siendo él un artista eminente, las usa con destreza consumada, trayendo á nuestra vista, ya las escenas tumultuosas de una batalla, ya las quietas de una vida espléndida, pasada en el ocio y en el lujo.

Solís se formó hasta cierto punto por los modelos de la antigüedad. Puso en boca de sus personajes arengas inventadas por él, práctica que cuenta en su abono insignes autoridades entre los historiadores tanto antiguos como modernos, especialmente italianos. Este método tiene sus ventajas; tal es la de permitir expresar en forma dramática, los sentimientos de los autores y mantener de este modo la ilusión histórica, sin que intervenga la persona del mismo historiador. Tiene también otra ventaja, y es que el autor espone sus opiniones por el intermedio de sus héroes y les dá de este modo mas peso que si las fundase en su propio dicho. Pero para aquel que estuviera educando en la escuela de los grandes historiadores ingleses, debe ser muy desagradable y poco satisfactorio ese método, porque cebe parecerle como que encierra un engaño: el lector no puede discernir lo que es del autor y lo que es sus personajes: la historia toma las aparien-

cías de novela, y el poco instruido no sabe, de lo que está leyendo, qué es verdad y qué ficción.

Está sujeto también á otro inconveniente que acontece frecuentemente: el de que nada es más difícil que conservar la propiedad debida y que acomodar de nuevo sobre lo antiguo, añadir á lo antiguo la imitación de lo antiguo. Las declamaciones de Solís podrán tener gran valor como piezas oratorias, pero frecuentemente están mal traídas á cuento y están tan mal en boca de los toscos personajes que figuraron en la conquista, como la peluca y la espada en los héroes romanos de las tragedias de tiempo de Luis XIV.

En cuanto al mérito de las investigaciones que emprendió Solís para formar su obra, no se puede uzgar; porque no se encuentran en sus páginas notas ni citas por donde formarse idea de la autenticidad de los datos que le sirvieron. Pero no era este el uso de su tiempo: las gentes de entonces y aun las de tiempos anteriores se contentaban con dar por hecho lo que el autor decía, sin averiguar por qué aseguraba las cosas ó las ponía en duda, sin investigar si su narración se fundaba en el dicho de un amigo ó de un enemigo, es un informe exacto ó equivocado; en una palabra, no buscaban la razón de su fé contentábanse con tenerla, lo cual era muy cómodo para el historiador, pues le ahorra mu- chísimo trabajo y encubría el error ó por lo menos

a negligencia: solamente los que recorrian la misma senda que él podían aperebirse de uno y de otra. A los que haya acontecido esto con respeto á Solís, habrán formado una desfavorable idea en cuanto á la curia y copia de sus investigaciones: verán que no obstante que su empleo le facilitaba consultar los más auténticos documentos, se contentaba con referirse á los más conocidos y accesibles: echarán de menos que no distinga entre los testimonios contemporáneos y los de fecha posterior; en una palabra, conocerán que en todo lo que constituye el mérito científico de la Historia, es muy inferior á Herrera su predecesor, no obstante la rapidez con que este formó su obra.

Otra objeción que se puede hacer á Solís es su lanatismo; aunque es verdad que este defecto tan ageno del espíritu filosófico de un historiador es común á la mayor parte de sus compatriotas; pero en él llega á un extremo extraordinario, y como además a naturaleza de su asunto, esto es, la contienda entre cristianos infieles se presta tanto á fomentar este defecto lo tiene en alto grado. En vez de mirar á los descarriados infieles con solo la aversión con que se les veía en la Península, después de la subyugación de Granada, él los considera como confederados de Satanás, los supone no solamente animados por él y obrando bajo su influjo, sino en trato personal con el príncipe de las tinieblas: parece

como que los tiene por un ejército infernal reguarl y organizado. Viendo las cosas bajo este aspecto todo lo que hacian los conquistados era un crimen, y aun sus buenas acciones debian atribuirse á mala parte, porque, ¿qué cosa buena podia salir del espíritu maligno? La mejor muestra de este mal modo de discurrir es la que nos ofrece el retrato de Motecuzóma en sus últimos momentos. En suma, para Solís la conquista fué una guerra entre la luz y las tinieblas, entre el principio del mal y el bien, entre las legiones satánicas y los caballeros de la Cruz: una cruzada en la que la Santidad de la Cruz bastaba para justificar todos los crímenes de los conquistadores, y en que hasta el último de los soldados que moria tenia derecho á la corona del martirio. Con prevenciones semejantes, ¿qué lugar quedaba para el criterio imparcial que es el alma de la historia?

La desmesurada parcialidad del escritor la exagera todavía el patriotismo, ese patriotismo bastardo que identificando la gloria del escritor con la de sus compatriotas le ciega sobre todos los errores de estos. Esta parcialidad es manifiesta principalmente respecto al héroe de la historia, Hernan Cortés: todos los claros y oscuros del cuadro están dispuestos de manera que resalte esta figura: lo bueno que hizo se nos pinta de bulto, lo malo se nos oculta. Solís no para aquí, sino que con artificiosos u-arg

mentos intenta hacernos admirar hasta los extravíos del conquistador. Nadie, ni el mismo Gomara es tan incansable y entusiasta defensor suyo; ilegando Solís al extremo de atribuir á un mal designio de Bernal Diaz todo lo que este honrado veterano escribió desfavorable á su general. Solís pretende conocer á Cortés, sus intenciones y los motivos de su conducta, mejor que sus compañeros de armas y que su parcial capellan.

Así es como Solís presenta una bella imagen de un héroe, pero de un héroe de novela, un hombre inmaculado. Un eminente crítico español ha hecho de la Historia de Solís la recomendacion de decir que está concebida con tal arte, que es mas bien un paregórico, lo cual acaso es cierto, pero historia que es un panegórico, no es historia.

No obstante estos defectos que ningun crítico imparcial puede negar, la Historia de la Conquista de México ha tenido la mayer boga entre los compatriotas de Solís y ha sido impresa y vuelta á imprimir con todos los primores del lujo tipográfico. Tambien se la ha traducido á las principales lenguas europeas, y es tal el encanto del estilo y acabado de ella como obra literaria, que será seguramente tan imperecedera como la lengua en que está escrita, ó como la memoria de los sucesos que refiere.

En este punto vamos á despedirnos tambien del padre Sahagun que nos ha acompañado en todo el trascurso de nuestra narracion. Como sus noticias las habia obtenido de boca de los indios contemporáneos de la conquista, su dicho es de gran peso para corroborar ó destruir las aserciones de los primeros conquistadores. Sin embargo, á causa de esto mismo, afean su obra las groseras y monstruosas tradiciones de los aztecas, algunas de ellas tan absurdas que traen consigo su refutacion, porque, ¿qué cosa se juzga increíble y absurda en medio de la furia de las pasiones?

El libro XII, (ó segun se dice en el prefacio, el IX de la edicion original,) está destinado á dar noticia de lo ocurrido durante la conquista. En 1588 treinta años despues de escrita la primera edicion, fué revisada por su autor esta parte de la obra, en la que se habian dicho cosas que no debian decirse, y calládose cosas que no debian estar calladas. * Era natural suponer que la censura que habia merecido por haber adoptado las tradiciones de los indios, le haria omitirlas en esta revision de la obra y le volveria mas circunspecto; mas no fué así, ni se procu

* "En el libro nono, donde se trata de esta conquista, se hicieron ciertos defectos y fué que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista, que fueron mal puestas; y otras e callaron porque fueron mal calladas. Por esta causa este año e mil quinientos ochenta y cinco, enmendó este libro." MS.

curó mitigar lo que mas lastimaba á los españoles; mas como este manuscrito ha sido el que el autor debe haber tenido por mas correcto, por haberlo revisado últimamente, y como es mas copioso que el impreso, es el que yo he compulsado para la formacion de mi obra.

El Sr. Bustamante se ha equivocado al suponer que la edicion del libro XII publicado por él está eacada del manuscrito reformado por Sahagun. El citado en esta obra sí lo es ciertamente, pues lo dice ls prefacio; pero por lo demas, hay corta diferencia entre lo esencial del uno y del otro.